

*Arturo Oropeza García**

Del Atlántico al Pacífico o la nueva circunstancia del mundo

SUMARIO: I. Introducción. II. ¿El retorno a la ruta de la seda? III. Asia y Occidente, o el debate por el desarrollo. IV. La lucha por el nuevo orden global. V. México y su circunstancia. VI. Bibliografía.

I. Introducción

En 1916, después de más de 10 millones de muertos y las atrocidades de una Primera Guerra Mundial que buscaba, entre otros objetivos, las nuevas definiciones hegemónicas del siglo xx, se inició una línea beligerante de solución que sólo se resolvería hasta 1945, casi a mitad del siglo, con el triunfo militar, económico y político de Estados Unidos. En 1815, ante la victoria contundente de Gran Bretaña sobre Francia en la guerra de Waterloo, junto con el impulso de una nueva forma de generar riqueza que era la Revolución Industrial iniciada en 1750, entre otros factores, se decidió el liderazgo inglés del siglo xix.

* Doctor en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Es Investigador Nacional del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Árbitro de Solución de Controversias por parte de Brasil, dentro del mecanismo del Mercosur.

En la segunda década del siglo xx, rebasada ya la línea fatídica de los tres primeros lustros de los dos siglos anteriores, una sociedad global más comunicada y activa, observa preocupada el proceso de construcción de un nuevo orden global que se debate entre la ratificación de lo conocido, a través de un reiterado liderazgo occidental encabezado por Estados Unidos, y la irrupción de lo nuevo, por medio del posicionamiento económico de la realidad actual asiática, significada en las últimas cuatro décadas por el fortalecimiento económico, político y militar de China.

Desde luego son muchas las circunstancias y múltiples los vectores que median en el devenir de la preeminencia de lo geopolítico en estos últimos siglos.

Como ejemplo de lo anterior, el *orden global* del siglo xix se debatió ante un conglomerado social desinformado y desarticulado que apenas llegaba a los mil millones de seres humanos, después de diez mil años de historia moderna. La sociedad del siglo xx, que ya rebasaba los dos mil millones de personas, aunque ya contaba con el telégrafo y el teléfono, así como con una comunicación marítima y terrestre más holgada, en su nuevo entorno de comunicación tecnológica, de ningún modo se compara con la aldea sobrecomunicada del siglo xxi, que suma ya a más de 7,600 millones de personas.

Occidente versus Occidente, por la hegemonía mundial, fue una constante por la lucha de los liderazgos económicos y políticos de los últimos 500 años, después de que la revolución preindustrial (siglo xv) y con ello las nuevas potencias marítimas, desplazaran a los liderazgos asiáticos que habían prevalecido los anteriores 1500 años. Desde los primeros descubrimientos de 1492 (Cristóbal Colón), 1498 (Vasco Da Gama), etc., Occidente, a través de las nuevas hegemonías marítimas como la española, portuguesa, holandesa, inglesa, francesa, etc.; poco a poco fueron substituyendo en lo económico, político y territorial, a las anteriores potencias asiáticas que dominaron el mundo antiguo como India y China principalmente.

A partir de la segunda mitad del segundo milenio, lo occidental se volvió una constante en el mundo económico y político de su época. De igual modo, a través de su movimiento renacentista y de su periodo de ilustración, la cultura occidental fue recreando una cosmogonía que había quedado trunca desde el siglo v d.c., con la caída del imperio romano de Occidente. Posteriormente, con el surgimiento de la Revolución Industrial a mediados del siglo xviii, este dominio occidental del segundo milenio se consolidó, tanto por un desbordado control económico de la época (80% del PIB mundial, Ferguson, 2014), como por una interpretación del mundo y de la vida que a manera de civilización, dio origen y destino durante un periodo aproximado de cinco siglos al mundo global del momento.

De manera importante, esta contienda por los liderazgos, en su última versión del siglo xx, se diferenció de ediciones anteriores por los agregados surgidos de postguerra; por la creación de nuevas instituciones de carácter global como el Banco Mundial (1944), el Fondo Monetario Internacional (1945), el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (1947) y la misma Organización de las Naciones Unidas (1945), las cuales en conjunto generaron una estructura de solución global de los diferentes conflictos surgidos dentro de una comunidad cada vez más interrelacionada en todos sus campos; lo cual ha logrado reducir de manera importante *la solución* armada y violenta de ediciones anteriores.

A la institucionalización anterior se le suman una gama infinita de nuevas formas de convivencia y comunicación que hacen que el término de sociedad global se aleje de su concepto académico subjetivo y aterrice en una serie de innumerables intercambios económicos, de comunicación, comercio, turismo, etc. entre las casi 200 naciones del mundo. Destacan entre estas nuevas formas de relacionamiento el comercio mundial de productos agrícolas y bienes industriales entre países, que en conjunto representan un negocio aproximado del 28% de la economía mundial. Asimismo, las nuevas formas de comunicación tecnológica posibilitan que la sociedad moderna de hoy pueda comunicarse en cualquier momento y en cualquier lugar las 24 horas del día. Los flujos de transacciones financieras que cruzan los países diariamente, evidencian a una *aldea* que habla, hace negocios y se visita todos los días en un mundo cada vez más pequeño.

Derivado de lo anterior, de la profunda interrelación que vive la sociedad actual, la lucha por los liderazgos de este siglo se vuelve inédita.

Nuevas relaciones, nuevas tecnologías e intrincados cruzamientos económicos, no permiten ya la repetición automática de los liderazgos históricos.

La era de las hegemonías únicas terminó desde los noventa del siglo pasado, justo cuando se hablaba de la perpetuación del liderazgo occidental. A tan solo 27 años del fin de la historia, una narrativa que comienza, demanda por una nueva modalidad de conducción global. Cerca de 10 mil millones de personas en 2050, casi cuatro veces más que hace 150 años, de las cuales alrededor del 85% corresponderán a países no desarrollados, o sea, que vivirán en la pobreza; reclamarán a una sola voz a través de los nuevos medios a su alcance por un techo digno y vestido y alimento suficiente; pero también por agua, energía, seguridad etc., en el marco de una escasez de materias primas y recursos naturales que pondrán a prueba tanto a los nuevos liderazgos como a una sociedad global altamente demandante.

En las próximas décadas la Revolución Industrial que provocó el nacimiento de los *países industrializados*, verá declinar su importancia como el sector

de la economía que se distinguía como el mayor generador de empleos. Al respecto, Oxfam alerta que el 50% de los trabajos actuales del sector desaparecerán en los próximos 30 años (Oxfam, 2015), derivado de la propia sofisticación del sector, el cual dará la espalda a la mano de obra tradicional a través de una sustitución tecnológica del trabajo humano.

El fin de la era carbónica, entendida como el agotamiento de los hidrocarburos convencionales, junto con la insostenible contaminación que éstos generen, estará provocando también una presión antes no registrada en la conformación de las hegemonías y la sobrevivencia del propio ser humano. El agotamiento de los hidrocarburos convencionales, de hecho es uno de los responsables directos de lo que se ha llamado ya la *tercera guerra mundial*, referido al conflicto armado que involucra a múltiples naciones occidentales y asiáticas en la zona de Asia Menor, la cual ya ha causado más de 400 mil muertos y alrededor de once millones de inmigrantes o desplazados. Los 2, 3 o 4 grados de temperatura que se erigen como la mayor amenaza para la sobrevivencia del ecosistema global, es un tema que aunque ya forma parte de una agenda mundial, su avance en los problemas ambientales que se suceden todos los días, junto con la falta de una vinculación directa sobre los compromisos adoptados en París en 2015 (COP-21), harán volver reiteradamente a la revisión de una agenda no agotada.

El proceso de traspaso del eje económico del Atlántico al Pacífico, que a la luz de las cifras, discursos y estrategias resulta evidente respecto al adelgazamiento de Occidente frente al fortalecimiento de Asia del Este, y de Estados Unidos respecto a China, si bien no es un tema concluido, en el grado de su importante avance no puede verse de ninguna manera bajo la óptica de siglos precedentes o como la simple competencia económica y política de dos naciones o regiones que al final de su debate o lucha hegemónica se sentarán a negociar, como antes, su visión particular y sus intereses de grupo respecto a una sociedad global dividida.

Como se adelantó, la época de los liderazgos históricos omnímodos ha concluido, y cualquiera que sea el resultado de esta contienda entre el Atlántico y el Pacífico, de ambos, o de cualquier otra alternativa que surja de la orfandad del rompimiento del *orden global* del siglo xx, los retos y carencias de ocho o diez mil millones de seres humanos comunicados y expectantes, signados desde ya por la desigualdad económica, no permitirán de diversas maneras la repetición de ediciones imperiales anteriores.

La nueva realidad económica y política que se abre progresivamente hacia Asia del Este y Asia Pacífico, sin olvidar el valor estratégico de Asia Menor y Asia Central, no dejan duda de la reasignación de activos en temas centrales co-

mo el crecimiento económico, crecimiento per cápita, fabricación de manufacturas, exportación de bienes, acumulación de reservas mundiales, contribución al crecimiento mundial, etc. que antes dominaban los países europeos occidentales y Estados Unidos, y ahora han pasado a ser liderados por Asia del Este y China. Estos cambios están generando una nueva realidad económica, al igual que un nuevo mestizaje económico, comercial, político y social de difícil predicción, al involucrar en su transformación no solo bienes y servicios económicos, sino por incluir en su intercambio a poderosas civilizaciones que comparten y compiten día a día.

Para México y América Latina, hoy ausentes de este fenómeno histórico de traspaso económico y político entre países y entre regiones, se genera la responsabilidad inmediata de transformarse en actores y no testigos de este cambio. De acudir a la experiencia acumulada y alejarse del fácil recurso de la fascinación por el otro; del falso consuelo político de cambio de hegemonía; de demostrar su mayoría de edad ejerciendo con madurez la defensa y promoción de sus posiciones nacionales y regionales, trascendiendo a la práctica ancestral de 500 años de tan solo vender materias primas, para entrar de lleno a la única puerta económica exitosa del siglo XXI, que es la de los servicios de la inteligencia.

Asia del Este, junto con China, y Occidente con Estados Unidos, viven con intensidad una lucha geopolítica que ya dibuja posiciones estratégicas de largo plazo. Brics y One Belt One Road (OBOR) (una integración, un camino), son las políticas actuales de una Asia del Este y una China audaz e inclusiva. El Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP) y el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP), son las viejas soluciones del siglo XX para los nuevos problemas del siglo XXI por parte de Estados Unidos.

Ninguna de estas estrategias es latinoamericana ni va dirigida a la mejora o el fortalecimiento de una región de commodities y de maquila como lo es América Latina.

Resta por ello a la región proponer una agenda a ambas opciones geopolíticas que favorezcan sus intereses, con base a sus *no débiles* fortalezas demográficas, geográficas, económicas, de recursos naturales y energéticas. Desde esta perspectiva, América Latina y México tienen una amplia oportunidad para incidir en el centro geográfico y político entre el Atlántico y el Pacífico.

El traslado económico-político del Atlántico al Pacífico es un evento de la mayor importancia, que impacta de manera directa en la agenda pública y privada de todas las naciones de esta nueva sociedad global.

En cualquiera de sus escenarios, sus efectos seguirán sintiéndose de manera directa en la vida económica, política y social de los diversos países, como ya sucede a la fecha.

II. ¿El retorno a la ruta de la seda?

Asia en general, incluyendo a Asia del Este,¹ fue una categoría olvidada en el tiempo, como producto de un éxito occidental que desde finales del siglo xv, junto con los descubrimientos marítimos de la época (el descubrimiento de América en 1492, la llegada de Vasco de Gama a la India en 1498, etc.) fue abundando en la fácil postergación de una región que durante el 90% de nuestra era poseyó de manera sostenida el liderazgo económico del mundo.²

Las hambrunas del siglo xix y xx padecidas por Asia del Este, de manera especial por China e India, junto con el avance de una sociedad occidental que apenas 500 años antes había iniciado su Renacimiento y 250 años su Revolución Industrial, contribuyeron a la idea de un mundo occidental omnímodo donde todo iniciaba y todo acababa, y en el que lo demás resultaba secundario o prescindible.

El fin de la guerra fría en 1989 con la caída del muro de Berlín y en 1991 con la disolución de la entonces Unión Soviética, acrecentó la idea de un dominio de lo occidental que en lo económico y en lo político celebraba el *fin de la historia*, al propio tiempo que ratificaba una era o predominio en el que se dibujaba la continuación de una hegemonía occidental de largo plazo encabezada por Estados Unidos.

A poco más de 25 años que esto sucediera, los habitantes de un mundo global todavía acostumbrados a las *maneras* de lo occidental, se ven en la necesidad de reconocer que esta *realidad* ha cambiado, y a aceptar en consecuencia que ya no se vive solamente una era de lo occidental, si no que ésta se ha transformado en una nueva geopolítica de lo económico y de lo político ante la fuerte irrupción de la región de Asia del Este, lo cual ya influye de manera importante en la

¹ Para efectos de este trabajo, por Asia Pacífico se entenderá la composición de países integrada por las 10 economías que integran la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), a saber: Myanmar, Laos, Tailandia, Vietnam, Camboya, Malasia, Indonesia, Singapur, Filipinas y Brunei. Y por Asia del Este se comprenderán tanto las naciones pertenecientes a ASEAN como Japón, Corea del Sur, Taiwán, China, India y Rusia, para un total de 16 países. La división de Asia por Occidente, desde siempre se ha prestado al uso arbitrario de conceptos. Oriente Medio, Oriente Próximo, Oriente Extremo, Lejano Oriente, Asia del Este y ahora Asia Pacífico, son términos que no acaban de poner de acuerdo a los especialistas. De ahí esta selección arbitraria de integración de Asia del Este y Asia Pacífico, en razón de su sinergia económica y comercial.

² Del año 1 al año 1800 de nuestra era, tanto India como China representaron de manera alterna el poder económico mundial más importante de la época.

vida económica de la mayoría de los 7.600 millones de seres humanos que comparten la segunda década del presente siglo.

Al preguntarle a Hobsbawm sobre algunas de las líneas visibles de la decadencia de Occidente, en un tono dubitativo señala “Esta tendencia *-el éxito occidental-* parece detenerse. No sé si se ha invertido, pero lo que es cierto, es que se ha agotado el impulso que la movía” (Hobsbawm, 2012, p. 50). Glucksmann por su lado, sobre el deterioro occidental, afirma “Cuando en la ínfima intimidad de una conciencia, Occidente choca con Occidente, todo está en juego y nada lo está, el tañido fúnebre por el fin de la historia queda suspendido, el carillón de un nuevo comienzo contiene su aliento” (Glucksmann, 2004, pág. 189).

Un nuevo comienzo, el fin de la historia, Occidente vencido por Occidente, la pérdida del impulso hegemónico, etc., son apenas algunas de las primeras interpretaciones del debilitamiento de un predominio occidental que se ha traducido al mismo tiempo en el fortalecimiento de la región de Asia del Este, donde habitan 16 naciones, 5,000 millones de personas, y conviven cinco civilizaciones (la china, la rusa, la india, la japonesa, y la musulmana) que han logrado sobrevivir en el tiempo hasta nuestros días.

A la economía global, a la geopolítica occidental y al mundo que la rodea como en el caso de México y de América Latina, les resulta difícil aceptar que habitan una nueva era euroasiática³ que les exige el cambio o adaptación de los paradigmas que dieron rumbo y sentido a su quehacer público y privado, tanto por un desconocimiento cabal de lo nuevo, como por el fácil mecanismo de su negación.

Occidente se olvida de Asia del Este y el olvido le ha resultado costoso. Sin embargo, de manera más importante, como señala Glucksmann, Occidente se olvida de sí mismo, se pelea consigo mismo y se distrae de escuchar las voces adelantadas que le avisaban ya de un cansancio general que se reflejaba en su adelgazamiento económico y su inestabilidad política y social. Sobre estos síntomas Ferguson comenta: “La civilización occidental parece haber perdido la confianza en sí misma”... “Empezando por Stanford en 1963, toda una serie de grandes universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia de la civilización Occidental a sus alumnos”. Agregando de manera concluyente, después de tomar contacto con el éxito Chino “Pienso que quizá fue solo entonces en donde realmente comprendí que era lo que definía a la primera década del si-

³ Denominación arbitraria para evidenciar el mestizaje que desde la pasada década de los sesenta, escenifica el comercio, la economía, y la política de las 16 naciones de Asia del Este con los principales actores económicos de Europa y Estados Unidos, así como del mundo en general.

glo XXI...” “... el hecho de que estamos viviendo el final de quinientos años de supremacía occidental” (Ferguson, 2012, págs. 59 y 19). Voces más adelantadas como las de Huntington, desde los noventa, denunciaban ya el dinamismo asiático frente al debilitamiento occidental, “Las sociedades no occidentales,-decía Huntington- particularmente en el Este de Asia, están desarrollando su riqueza económica y sentando las bases de un poderío militar y una influencia política mayores”. A lo que agregaba de manera premonitoria “La era que comenzó con las intromisiones occidentales en 1840 y 1850 está tocando su fin, China está volviendo a asumir su lugar como potencia hegemónica regional y Oriente está tomando posesión de lo suyo” (Huntington, 2001, págs. 22 y 285).

Las dudas de Occidente, sus olvidos, la pérdida de rumbo que viene padeciendo desde la última parte del siglo pasado; el fin de una inercia de postguerra que acompañó a sus mejores éxitos económicos y políticos, contrasta con una certeza oriental que declara sin ambages que el siglo XXI será el siglo de China y el retorno de las hegemonías asiáticas. Mahbubani fundamenta lo anterior cuando opina que “Entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del Este de Asia ha llegado, aún si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse...”. Agregando con no poca convicción que “Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanimación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente” (Mahbubani, 2002; pág. 18).

El contraste de las posiciones refleja, por un lado, el cansancio y la falta de interés de un Occidente integrado por Europa y Estados Unidos,⁴ que desde hace más de tres décadas padece un decaimiento económico progresivo, el cual cohabita con una confusión política que en su conjunto muestran ya como resultado la erosión de sus políticas de bienestar, cada uno en el marco de su circunstancia. Por otro lado, el discurso vitalista asiático, alimentado en la fortaleza de los incrementos económicos de la mayoría de los países de Asia del este, genera una inercia que ha ido creciendo con el tiempo, la cual, al mismo tiempo que ha ido dotando de credibilidad al proyecto, ha generado los fundamentos para poder hablar de un nuevo orden entre el Atlántico y el Pacífico.

⁴ Comenta Hobsbawm que “Hay razones internas por las que el imperio estadounidense no puede durar, y la más inmediata es que la mayoría de los estadounidenses no están interesados en el imperialismo ni en la dominación mundial en el sentido de gobernar el mundo” (Hobsbawm, 2007, pág. 82).

La síntesis de estas posturas queda más clara cuando Tony Judt diagnostica sin atajos que “Algo va mal” en Europa, que Occidente en su orfandad de rumbo, ha perdido incluso su capacidad discursiva; que simplemente ya no sabe cómo hablar de todo *esto*, en un ánimo honesto de provocar la discusión de un futuro que rescate el porvenir (Judt, 2013, pág. 45). Por otro lado, un Mahbubani empoderado, y la región de Asia de Este junto con él, comunica al mundo que “El siglo (xxi) se distinguirá por el hecho de que el este de Asia se alzará como centro mundial de poder”... (Mahbubani, 2002, pág. 143).

La historia de las civilizaciones, como de las hegemonías, nunca ha sido lineal. No puede serlo porque la ruta de su éxito o de su fracaso obedece a múltiples factores que dependen a su vez de un sinnúmero de circunstancias. Sin embargo, del debate discursivo de ayer sobre si China ocupará una posición hegemónica en el siglo xxi, o si los países de Asia de Este consolidaran una tendencia que nos permita hablar de una nueva Era del Pacífico, la polémica ha dejado el mundo de las ideas para ubicarse en el de los resultados económicos, el de las cifras, de las cuales se desprende que el mundo omnímodo occidental ha cambiado.

Desde el siglo pasado Occidente ha sido un testigo no inocente del fortalecimiento progresivo de Asia del Este. De cómo este empuje ha derivado en el desplazamiento de la riqueza mundial y del centro de gravedad de la economía. Como un ejemplo de lo anterior puede mencionarse que todavía en el periodo 1991-1995, los países desarrollados generaban el 50% del crecimiento global, mientras que del 2011 al 2015 influyeron solamente en el 28%, para una caída de 22 puntos en un plazo de 25 años. En sentido contrario, China e India, como dos representantes relevantes de Asia del Este, en el periodo 1991-1995 aportaron únicamente el 11% y el 5 % respectivamente del crecimiento global. Para el segundo periodo de 2011-2015, China contribuyó sola al 30% del crecimiento global, o sea dos puntos más que el total de los países desarrollados, e India subió a un 10% para un total de 40% de los dos países (Cepal, 2015).

Como un ejemplo más de la inercia de estas tendencias también puede observarse como en el periodo 1992-2015, el G-7 integrado por Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia, Canadá y Japón, perdieron 20 puntos de participación del PIB global; mientras que China, India, Rusia y Brasil en el mismo periodo, obtuvieron 20 puntos más de participación.

Con base a estas tendencias, es que algunos autores como Ferguson, Sachs, Summers etc., señalan que Occidente, como hegemonía relevante, está regresando en el tiempo a los niveles económicos, demográficos y territoriales que tenía hace medio milenio, o sea, al año de 1500, donde detentaba el 43% del Pib mundial, el 16% de su población y el 10 % de su territorio; ya que habiendo llegado a

su cúspide en 1913 con el 79% del PIB mundial, 57% de la población y 58% del territorio del mundo, pronostican que para 2020 Occidente tendrá solamente el 35% de la riqueza mundial, el 25% de la población y el 12 % del territorio mundial (Oropeza, 2013, pag. 176); mientras que en 2050 el 60% del PIB global será asiático (Sachs, 2013, pag. 44).

Huntington, de manera más simple sobre el renacimiento asiático respecto al debilitamiento occidental, sentencia: “Los doscientos años de –fugaz paréntesis- occidental en la economía mundial habrán acabado”. (Huntington, 2001, pág. 103).

III. Asia y Occidente, o el debate por el desarrollo

Son muchas las razones que explican las causas de la debilidad Occidental y el resurgimiento asiático. Como también son muchas las posiciones que analizan un tema abierto que está lejos de ser cosa juzgada. La sociedad global del siglo XXI tendrá que seguir muy atenta para ver como un mundo agobiado por razones inéditas, resuelve de manera razonable la gobernabilidad de la primera mitad del siglo.

No obstante, dentro de las razones que destacan en las primeras interpretaciones del choque, encuentro, competencia, lucha etc., entre Occidente y Asia del Este, por su profundidad y consecuencias resalta el tema de los modelos de desarrollo. Por un lado y hablando en términos generales sin poder atender las particularidades de cada caso, aparece un vertical, estatista, heterodoxo y de *bajo costo* modelo asiático o *socialismo de mercado*; y por el otro un democrático, y *ortodoxo* capitalismo neoliberal.

El modelo económico asiático no es nuevo, empezó a construirse durante el siglo XIX, ante la llegada de las primeras hegemonías marítimas a la zona del pacífico de Asia del Este, con la invasión de Inglaterra a China en 1839 durante las Guerras del Opio y los primeros combates norteamericanos a Japón en 1853 (India había sido controlada desde el siglo XVIII bajo un dominio inglés que fue creciendo hasta su independencia en 1947). Frente a la presencia de estas potencias, como se señaló, India se rinde desde el principio a la hegemonía inglesa; China nunca claudica a pesar de las múltiples intromisiones multinacionales y Japón recurre a la estrategia de la asimilación occidental sin perder su identidad. Como parte de esta asimilación surgen las primeras líneas económicas de un modelo que hoy, en su versión más acabada, conocemos como socialismo de mercado, el cual ha sido implementado por China.

Sobre la transformación de Japón de 1870 a 1884 y las primeras líneas del *modelo asiático* comenta Anguiano “La restauración Meiji fue un periodo de la historia de Japón en el que se acometieron reformas sociales, económicas y políticas de gran envergadura, que a poco más de cuatro décadas transforman a ese país en uno capitalista - industrial bajo patrocinio y control del Estado, que pasó de ser dependiente de las potencias colonialistas a tener pleno control sobre su soberanía nacional, a gozar de igualdad jurídica con los demás países del mundo y comenzó a despertar como potencia regional” (Anguiano, Cechimex, 2014, pág. 9). La industria, o el saber tecnológico como punta de lanza de la transformación económica, y el control del Estado, como el compromiso por hacer que el desarrollo económico *ocurra.*, como dice Mazzucato, son dos de las líneas principales a través de las cuales Japón llegó a ser una potencia mundial en la primera mitad del siglo XXI y a instrumentar su recuperación económica después de su derrota militar en 1945.

Ausencia o disminución de costos sociales en la primera etapa del proyecto. Participación directa del Estado en la planeación económica, pero de manera más importante, en su ejecución, a través de medidas monetarias (control de moneda), de mercado (subsidios, subvenciones, precios controlados, etc.), de comercio (apoyos y subsidios a las exportaciones, barreras a las importaciones, etc.), fiscales (exenciones, reintegraciones, etc.) tecnológicas (prioridad, subsidios y ato presupuesto a la ciencia y a la tecnología, etc.), entre otras, y un cumplimiento a modo (con *características asiáticas*) de la normativa comercial del momento, constituyen tres de los pilares más importantes a través de los cuales se ha venido delineando un proyecto asiático-exportador en la mayoría de las economías de Asia del Este, las cuales lo han desarrollado progresivamente de acuerdo a sus propias particularidades .

En su momento, durante el segundo despegue japonés posterior a 1950, antes de que se convirtiera en la segunda economía del mundo (ahora tercera después de China) ya algunos actores evidenciaban tanto la informalidad asiático-japonesa como la tolerancia occidental – americana. Sobre las políticas de apoyo estatal de Japón en 1955, Frieden reconoce que “El gobierno japonés apoyaba a los fabricantes con reducción de impuestos, subvenciones, créditos baratos y otras ayudas” (Frieden, 2007, pág. 369). Por su parte, Huntington aporta sobre el tema: “... los reiterados conflictos entre los Estados Unidos y Japón sobre cuestiones comerciales respondían a una modalidad en la que los Estados Unidos planteaban exigencias a Japón y amenazaban con sanciones si estas no eran atendidas. A continuación se mantenían negociaciones prolongadas y después, en el último momento antes de que las sanciones entraran en vigor, se anunciaba un acuerdo. Por lo general, los acuerdos estaban redactados de forma

tan ambigua que los Estados Unidos podrán cantar victoria de forma genérica y los japoneses podrían cumplir o no cumplir el acuerdo según quisieran, y todo seguía como antes” (Huntington, 2001, pág. 272).

Estos breves ejemplos de la naturaleza informal del modelo asiático al día de hoy, serían totalmente reproducibles en el caso de China, Vietnam, Bangladesh, Camboya, etc. Incluso en menor medida, todavía en Corea, Japón y Taiwán, en cuanto a una participación del Estado en la defensa de sus empresas e intereses nacionales.

China por su parte, hoy la segunda economía del mundo, por medio de la integración de cientos de zonas especiales, primero en el pacífico y luego a lo largo de todo el país, llevó a su clímax la potencialidad del modelo asiático, logrando un crecimiento económico promedio del 10% por más de 30 años, transformándose en el primer exportador y nación manufacturera del mundo. Sobre su modelo de desarrollo, su impulsor Deng Xiaoping, opinaba que era un experimento sujeto a una revisión permanente. De igual modo, cuando tenía que definirlo, sin preocupaciones intelectuales apuntaba con toda claridad: “Actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas; si el capitalismo no es útil, las medidas serán capitalistas”. Y agregaba sin dudas, a diferencia de Occidente, que “No existen contradicciones entre el socialismo y la economía de mercado” (Oropeza, 2008, pág. 450).

Los dos modelos, bajo su propia lógica del desarrollo, han competido desde la segunda parte del siglo pasado, y lo siguen haciendo todos los días actualmente. Su convivencia ha traspasado diferentes etapas de difícil explicación que han oscilado entre la competencia frontal por el liderazgo económico del mundo, a una *asociación por precarización* de la plusvalía de la mano de obra asiática, en un entreveramiento de competencias e intereses donde no se llega a distinguir con claridad hasta donde llega el reparto de la renta industrial entre un Occidente que renunció a su fabricación y una Asia del Este que se erige hoy como la fabrica del mundo.

No obstante, la geografía de los números nos dice que en las últimas décadas el crecimiento económico más fuerte ha sido para la mayoría de los países de Asia del Este, o sea, para el modelo asiático de desarrollo. Como ejemplo de ello, en los últimos diez años (2004-2014), la Unión Europea apenas tuvo un crecimiento económico de 0.5% anual promedio y Estados Unidos de 1% anual promedio; mientras que Asia del Este se levantó con 6% promedio anual y China, en especial, con 8% anual promedio en el mismo plazo; lo anterior ha contribuido a que de 2007 a 2014, Grecia haya visto disminuir su PIB p/c en -22%,

Italia -11%, España -7%, Portugal -5%, Gran Bretaña -4% y Francia -1%; mientras que China en el mismo lapso lo incrementó 175%.

Bajo una visión de 18 años (1995-2013), Estados Unidos ha podido subir su PIB p/c en un 36%, mientras que China lo llevó a más del 400%. (CEPAL, 2015).

Mientras Occidente, y la mayor parte de América Latina con él, sigue viviendo un problema económico existencial, como lo refiere Judt cuando pregunta: ¿Estamos condenados a dar bandazos eternamente entre un *mercado libre* disfuncional y los tan publicitados horrores del *socialismo*? (Judt, 2013 pag.45); un modelo asiático sin dudas (vertical, estatista, heterodoxo) define, a través del aumento de sus índices económicos a las economías ganadoras de la primera mitad del siglo XXI.

IV. La lucha por el nuevo orden global

Si la polémica de ayer sobre el posible surgimiento de una China hegemónica y una Asia del Este relevante ha perdido oportunidad ante la evidencia de los números, la cuestión que prevalece, ante este nuevo empoderamiento asiático y debilitamiento occidental, es saber el camino que seguirán estas tendencias tanto en su profundización como en su entrelazamiento. Lo que se trasluce por medio de las acciones y los discursos de los participantes, es que ambas partes, de manera esforzada, luchan por la recomposición o la ampliación de sus activos, en un debate sin tregua por la hegemonía del siglo XXI.

De las acciones llevadas a cabo por parte de China, destaca en primer lugar la integración informal iniciada a partir de 2009 respecto del grupo llamado BRICS, formado por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, los cuales a pesar de no presentarse como una asociación formal en los términos de la Organización Mundial de Comercio (OMC), a la fecha ya cuentan con más logros que otros esquemas de integración global. El esquema Brics ya opera actualmente con un Banco de Desarrollo y un Fondo de Garantías por montos de 100 mil millones de dls. cada uno; a lo cual se agregan acuerdos de naturaleza energética (China, Rusia, 2015), de investigación y desarrollo, comercio, ciencia y tecnología, ecología, energías renovables, etc. De manera relevante, junto con esta estrategia, China ha desplegado a través de toda Asia (2013) un proyecto muy ambicioso de integración inspirado en la Ruta de la Seda llamado "One Belt, One Road" (OBOR) (una integración, un camino), por medio del cual se propone reposicionar su liderazgo geoeconómico y político en toda Asia, o sea, Asia Pacífico, Asia Central y Medio Oriente, en una área que abarca el 55% del PIB mundial, el 70%

de la población mundial y de manera especial ,el 75% de las reservas de energía conocidas. “El objetivo declarado de esta gran iniciativa es patrocinar la continuidad y el comercio entre China y más de 60 países atravesados por el OBOR”. (Vanguardia, 2016, pág. 8).

Por su parte, Estados Unidos desde el 2009 dio inicio al proyecto de integración formal del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP) , con la participación de 7 países de Asia del Este (Japón, Singapur, Malasia, Brunei, Vietnam, Australia y Nueva Zelanda) y 4 países americanos (Canadá, México, Perú y Chile), con los cuales ha instrumentado, por medio de un Tratado de Libre Comercio , una política de reposicionamiento geoeconómico y político a partir de Asia del Este y en el marco de su contienda con China. Esta estrategia global, al igual que China, la ha ampliado con una segunda iniciativa que incluye la firma de otro tratado de Libre Comercio (TTIP) con los 28 países de la Unión Europea, lo cual representa un reforzamiento histórico geopolítico occidental.

Esta contienda de acuerdos y tratados de integración que prevalece hoy en lo económico y en lo político, entre el Atlántico y el Pacífico, no puede separarse de los conflictos globales que se registran actualmente en el planeta, en los cuales, las dos tendencias hegemónicas ya dejan sentir el peso de sus intereses.

En el caso de la energía, por ejemplo, en la lucha por los hidrocarburos, los cuales estarán marcando a los países ganadores y perdedores de esta primera mitad de siglo por razones de abasto, agotamiento y precio, China firmó un convenio con Rusia por 270 mil millones de dólares para un suministro de petróleo y gas los próximos 25 años. Asimismo, los dos países se han sumado expresa y tácitamente por la contienda de las reservas de hidrocarburos de Medio Oriente (50%); por ejemplo, a través de su apoyo a Siria y al gobierno de Al Assad, en la idea del control del suministro de reservas mundiales, así como el envío de gas a Europa por parte de Rusia. Por su parte, tanto los actores relevantes de la Unión Europea como Estados Unidos, reúnen apoyos contra la permanencia de Al Assad en Siria, como parte también del proyecto de suministro de hidrocarburos a Europa sin tener que pasar por la zona de control de Rusia, en acompañamiento de diversos actores de la región como Arabia Saudita y Qatar; donde la presencia y el manejo del estado islámico en la zona, es una clara muestra del potencial de escalamiento al que pueden llegar ambas partes. Otro ejemplo de este debate a nivel geopolítico ,son las tensiones prevalecientes en el Mar del Sur de China, tanto en lo que se refiere a la posesión de las islas Diayou, de parte de China, o Senkaku por parte de Japón; así como por el tema de los límites marítimos que reclama China a Vietnam, Filipinas, Malasia y Brunei, entre otros, en el marco del potencial de la zona en materia de hidrocarburos y del control geopolítico del transporte marítimo de la región , lo cual involucra directamente a los Estados Unidos y a sus aliados.

No cabe duda que vivimos una nueva realidad en gestación, cuyo final aún resulta indescifrable. Lo que también es cierto, es que la etapa geopolítica occidental tal cual la concebimos ha terminado, e independientemente del resultado que pueda arrojar la confrontación de dos países y regiones relevantes, hoy ya habitamos un nuevo espacio geoeconómico – político, euroasiático, que obliga a revisar a los diferentes países lo intentado hasta hoy.

V. México y su circunstancia

Para México, en la parte geopolítica, el antagonismo China –Estados Unidos, Occidente- Asia del Este, presenta serios retos en la administración de un papel que por definición geográfica lo ubica como vecino de uno de los protagonistas. Pero de ese destino geográfico se derivan también las mejores oportunidades para reposicionar un papel que no ha sido valorado ni apoyado en su dimensión por el *socio* del norte.

En el tema económico, la nueva realidad chino- asiática le incide directamente a la matriz de negocio que México ha tenido desde siempre con Estados Unidos con motivo de su cercanía geográfica, derivada de la cual EE.UU ha sido tanto su principal cliente, como el mayor destino de sus exportaciones. Esta matriz, en razón del traslado económico del Atlántico al Pacífico, se ha sofisticado como resultado de la confrontación – asociación que vive la relación chino-americana, cargándole a México parte de los costos. Y en el segundo caso, en el tema de la asociación China- Estados Unidos por la precarización de la plusvalía asiática, México sale lastimado en diversos rubros, porque dicha asociación transcomercial lo impacta de manera directa en su oferta exportadora y su línea de costos.

De igual modo, el país y la región de América Latina salen seriamente lastimados al confrontar todos los días en lo comercial y en lo económico a un modelo asiático que opera impunemente estrategias informales o heterodoxas no ceñidas total o parcialmente a la OMC, bajo el apoyo o asociación de actores occidentales relevantes. Tal vez este sea el mayor reto de alineamiento de la región con la nueva realidad geoeconómica.

El modelo asiático está lejos de ser la respuesta idónea a un mundo necesitado urgentemente de un desarrollo más inclusivo y sustentable para todos. Sus déficits en el cumplimiento de una normativa mundial económica y de comercio, sus serios descuidos ecológicos y omisiones en política social, no lo convierten en un ejemplo mundial a seguir. Sin embargo, la participación comprometida y exitosa del Estado asiático con sus intereses y actores nacionales, que es otra de las

principales características del modelo, si representan una oportunidad para lo realizado hasta hoy por México y la mayor parte de América Latina. Por ello, además de recordar a algunos de los especialistas asiáticos (Deng Xiaoping, Lee Kuan Yew, Chi Fulin, Gao Shangyuan, etc) sobre el tema, como lo están haciendo en Europa y practicando en los Estados Unidos, la región tendría que revisar seriamente a autores actuales como Mazzucato, cuando recuerdan que “Un Estado emprendedor no solo *elimina el riesgo* del sector privado, sino que también visualiza el espacio de riesgo y opera de forma atrevida y efectiva dentro de éste para conseguir que las cosas ocurran. De hecho, cuando el Estado no está convencido de su función, es más probable que sea *capturado* y sometido a los intereses privados. Cuando no asume un papel de liderazgo, se convierte en un pobre imitador de los comportamientos del sector privado, en lugar de una alternativa real. Y es más probable que las críticas habituales sobre su carácter lento y burocrático sean ciertas en países donde se le deja de lado y se le asigna un papel puramente *administrativo*. Así pues, tratar al Estado como un ente engorroso que solo es capaz de conseguir *fallos del mercado* es una profecía que termina por cumplirse”. (Mazzucato, 2014, pág. 34).

En las naciones emergentes no está el poder para incidir en la conformación de los nuevos bloques hegemónicos, agotado el orden económico y político del siglo xx. Sin embargo, en la oportunidad y el talento de sus principales actores económicos y políticos, siempre estará la posibilidad de convertir retos en oportunidades.

Finalmente, en la nueva era del pacífico, con todo su nuevo deslumbramiento, bagaje y relatoría, habrá de cuidarse de no caer en el síndrome de Vasco Núñez de Balboa, que por querer ser el primer occidental en ver el Pacífico, su transgresión le costó la cabeza.

VI. Bibliografía

- Anguiano, E. (2014). *China y Japón de 1850 a 1914*. Cuadernos de Trabajo CECHIMEX
- Ferguson, N. (2012). *Civilización: Occidente y el resto*. México: Debate.
- Frieden, J. A. (2007). *Capitalismo Global*. Barcelona: Memoria Crítica.
- Glucksmann, A. (2004). *Occidente contra Occidente*. México: Taurus.
- Hobsbawm, E. (2007). *Guerra y Paz en el siglo XXI*. Barcelona: Memoria Crítica.
- _____ (2012). *Entrevista sobre el siglo XXI*. Barcelona: Crítica
- Huntington. (2001). *El Choque de Civilizaciones*. México: Paidós, Estado y Sociedad.
- Judt, T. (2013). *Algo va mal*. México: Taurus
- Mahbubani, K. (2002). *¿Pueden Pensar los asiáticos?* México: Siglo XXI.
- _____ (2003). *El nuevo Hemisferio Asiático*. México: Siglo XXI.
- Mazzucato. (2014). *El Estado emprendedor*. Brasil RBA. Libros.
- OCDE/CEPAL/CAF (2015), *Perspectivas económicas de América Latina 2016: Hacia una nueva asociación con China*, Paris: OECD Publishing.
- Oropeza, A. (2013). *El acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP): ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?* México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- _____ (2008). *México- China. Culturas y sistemas jurídicos comparados*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM
- Sachs, J. (2013). *The Price of civilization*. Gran Bretaña: Vintage.
- Vanguardia, (2016). Núm. 60, pág. 8 .